

EL REINO DE LAS LUCES

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO
EL REINO DE LAS LUCES
CARLOS III ENTRE EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO

*Este libro ha sido posible gracias a la Ayuda a la Edición
otorgada por el Instituto Municipal del Libro (IML) perteneciente
al Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga*



*Primera edición: 2015
Segunda reimpresión: 2019*

*Ilustración de cubierta: Carlos de Borbón, rey de las Dos Sicilias.
Museo del Prado (en dep. en la Real Academia de Jurisprudencia, Madrid)*

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Ignacio Gómez de Liaño Alamillo, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-139-9
Depósito legal: M. 22.089-2015
Printed in Spain

ÍNDICE

DESTINO, ITALIA	9
LA FUNDACIÓN DEL REINO	39
EL REY ARQUEÓLOGO	53
EL REGRESO	89
POLÍTICA ILUSTRADA	97
EN EL REINO SUBTERRÁNEO	123
LA VILLA DE LOS PAPIROS	141
ESPAÑA Y EL NUEVO MUNDO	157
REALIDAD Y FICCIÓN EN EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA: EL PREDESCUBRIMIENTO, EL PARAÍSO RECUPERADO, EL BUEN SALVAJE, ELDORADO, QUETZALCÓATL	187
LOS PRECURSORES RENACENTISTAS DE LA ETNOLOGÍA Y LA ANTROPOLOGÍA CULTURAL	207
Primera parte: Díaz del Castillo, López de Gómara, Motolinía, De Landa, el Inca Garcilaso	207
Segunda parte: José de Acosta y Bernardino de Sahagún	221
ARQUEOLOGÍA Y ETNOLOGÍA EN LA AMÉRICA DEL SIGLO DE LAS LUCES: ANTONIO DE ULLOA	239
EN EL MAR INFINITO	253
LOS RUSOS LLEGAN A ALASKA Y LA BÚSQUEDA DEL PASO DEL NOROESTE	265
RUMBO AL FIN DEL MUNDO	277
ESPAÑA Y EL NACIMIENTO DE ESTADOS UNIDOS	293
LAS RUINAS DE PALENQUE Y LA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA	319
NOTICIAS DE NUTKA	335
LA PIEDRA DEL SOL	365
EL CREPÚSCULO DEL REINO DE LAS LUCES	381

ÍNDICE

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES CON INDICACIÓN DE SU PROCEDENCIA	387
Láminas	387
Figuras	392
BIBLIOGRAFÍA	399

DESTINO, ITALIA

Con la firma del Tratado de Utrecht en 1713 se pone final jurídico y diplomático a la guerra de Sucesión que había sacudido a la monarquía española como consecuencia de la muerte de Carlos II sin descendencia y el consiguiente enfrentamiento de los dos pretendientes: Felipe de Anjou, nieto del Luis XIV de Francia, y Carlos de Austria, hijo del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Leopoldo. En virtud de ese tratado, que será completado un año después con el de Rastadt, España sufre un despojo sin precedentes: Inglaterra se queda con Gibraltar y Menorca; Francia, con el Rosellón y la Cerdeña; Portugal, con la colonia de Sacramento, o sea, Uruguay, y el emperador germánico, con los territorios españoles de los Países Bajos e Italia, excepto Sicilia, que es entregada a Víctor Amadeo de Saboya. Al nuevo rey de España, Felipe V, le duele especialmente la pérdida de sus posesiones en la Italia meridional. No en vano habían formado parte de España desde hacía tres siglos, y el monarca recordaba que, al visitar Nápoles en la primavera de 1702, el pueblo y la nobleza lo aclamaron como en otros tiempos lo hicieron con Alfonso V el Magnánimo.

Como los males nunca vienen solos, el 14 de febrero de 1714, unos días antes de la firma del Tratado de Rastadt, muere la reina María Luisa de Saboya tras dar a luz al futuro Fernando VI. En esa circunstancia, Julio Alberoni, representante de Parma en Madrid, convence a la princesa de los Ursinos y, por medio de ésta, al rey de la conveniencia de elegir a la princesa Isabel de Farnesio como esposa. Felipe V había conocido en junio de 1702 al duque Francisco Farnesio, soberano de Parma, cuando entró en sus estados de Milán, y a Dorotea Sofía de Neoburgo, esposa del duque y madre de Isabel. Francisco Farnesio quiere aliarse con España para impedir la hegemonía germánica sobre los estados italianos todavía independientes. El rey de España no puede sino coincidir políticamente con Francisco Farnesio en este designio.

La princesa Isabel de Farnesio hace su entrada en España el 9 de diciembre de 1714, y dos semanas después, el día de Navidad, se une en matrimonio con Felipe V en Guadalajara. Mujer de carácter inquieto, la nueva reina en seguida demuestra tener una gran habilidad para hacerse con la voluntad del rey. Un año después, el 20 de enero de 1716, nace en Madrid el futuro Carlos III. Es el último rey que viene al mundo en el viejo alcázar de los Austrias, que un incendio destruirá veinte años más tarde. Como primogénito de Isabel de Farnesio, está destinado a ser, si los hados de la política le son propicios, soberano de los ducados de Parma y Plasencia, y, también, del gran ducado de Toscana.

Aunque el Tratado de Utrecht ha supuesto para España un desastre sin paliativos, España es como el ave fénix, si hemos de creer lo que el ministro inglés Doddington escribe al secretario de Estado inglés, Stanhope, al comienzo del quinquenio de Alberoni (1715-1719): «No hay nación que como España pueda levantarse de nuevo y rehacerse tan fácilmente, y por los caminos que va ahora mejor que nunca. En otro tiempo eran para la metrópoli una carga sus posesiones de Italia y de los Países Bajos. Lejos de que éstas le proporcionasen ventajas, era necesario emplear en sus gastos los tesoros de las Indias y la renta de las dos Castillas. Ahora no ocasionan carga alguna [...]. Las rentas de Felipe V superan, en una tercera parte por lo menos, a las de sus antecesores, y las obligaciones no llegan a la mitad».

El infante Don Carlos habla en francés con los reyes y desde niño empieza a estudiar varios dialectos italianos —el florentino, el lombardo, el napolitano—, lo que, unido al título de príncipe de Parma que se le da en la Corte, hacen que su personalidad esté repartida entre su condición de español y su destino italiano. También estudia latín, matemáticas, geografía, cronología, historia sagrada y profana de España y Francia, náutica y, ya desde niño, va a destacar por sus conocimientos en fortificaciones y en táctica militar. En 1725 aparece en Turín el sexto tomo del tratado militar más importante de la época, las *Reflexiones militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado. Su autor se lo dedica al infante, que sólo tiene nueve años. El primer tomo, publicado un año antes, se lo había dedicado al rey Felipe V, y el quinto, a Fernando, que sucederá a Felipe en el trono. Don Carlos

también tiene gran afición a la botánica, como se ve en el retrato que le hace Jean Ranc a la misma edad en que el marqués de Santa Cruz de Marcenado le dedica su obra. En el cuadro de Ranc el infante aparece delante de un libro de botánica y muestra unas flores en la mano. Esta afición le permite sintonizar con la cultura española de la época, que hace aportaciones decisivas en el campo de la botánica (*Lámina I*)¹.

En El Escorial recibe Don Carlos clases de Diego Torres Villarroel, el famoso Piscator de Salamanca, que, además de su *Vida* —uno de los escritos más notables de la literatura española del siglo—, escribe almanaques astronómicos muy populares y versos que reflejan bien los cambios que, en dirección a una igualación social cada vez mayor y un bienestar cada vez más extendido, se están produciendo en la sociedad española. El infante manifiesta también desde niño gran afición a las artes fabriles, aptitud que le acompañará toda su vida. Aprende a manejar el torno, y labra, siendo adolescente, el puño de su propio bastón y otros objetos.

Pero es la Corte, sin duda, su principal escuela. El talante receptivo del infante bebe en ella conocimientos tan importantes para la vida en general y para la de un príncipe en particular como el sentido del orden y la jerarquía, la variedad de los caracteres humanos, los intereses de cada individuo, la importancia de los detalles o la trascendencia de una adecuada distribución del tiempo, según lo pone en evidencia el propio Felipe V, que en general sigue las rigurosas etiquetas de la Casa de Austria y, en febrero de 1714, reglamenta el Consejo para que se celebre diariamente en su presencia y dedique cada día a un negocio diferente bajo la presidencia del ministro correspondiente. La escuela de la Corte contribuye a la formación del carácter exacto y comprensivo, reservado y amable que el futuro Carlos III muestra desde su infancia y que se revela en la audiencia que concede al célebre polígrafo fray Benito Jerónimo Feijoo, autor del *Teatro crítico*.

El caso fue que el segundo tomo de esa obra ha dado al infante un disgusto, pues en el discurso 15, titulado «Mapa intelectual y cotejo de las naciones», aparece una tabla donde los españoles no salen

1. Todas las ilustraciones en color se incluyen en las láminas situadas entre las páginas 144-145, y 272-273.

muy bien parados. Don Carlos, que aún no ha cumplido catorce años, se muestra indignado ante ese retrato del carácter nacional, a lo que Feijoo responde explicándole que él tampoco está de acuerdo con esa tabla trazada por un oscuro fraile alemán en un no menos oscuro volumen titulado *Specula physico-mathematica-historica*. En el tercer tomo del *Teatro crítico* («La ambición en el solio») comenta así la actitud que en ese momento mostró el infante: «Mal avenida la impasibilidad del semblante con el rigor de la sentencia porque en aquellos suavísimos y soberanos ojos parecía que la piedad se estaba riendo de la ira». En esta frase Feijoo traza casi un retrato moral del infante adolescente. Sus rasgos principales son una mirada inteligente y benévola, una risa que disuelve todo rastro de ira y suaviza toda posible aspereza, una impasibilidad que demuestra un precoz autodominio y, sobre todo, una piedad llena de comprensión a despecho de ciertas apariencias.

En la dedicatoria del cuarto tomo del *Teatro crítico* (noviembre de 1730), el polígrafo recuerda que el infante le dijo entonces: «Quisiera merecer que me llamasen Carlos el Sabio», y hace del joven príncipe un retrato idealizado que se ajusta, de forma profética, al destino del retratado: «Hoy es Vuestra Alteza ídolo, mañana será oráculo: hoy Adonis, mañana Apolo: hoy cuidado de las Gracias, mañana Ornamento de las Musas. Ruego a la Divina Majestad prospere la vida de Vuestra Alteza por muchos años para [...] protección de ciencias y artes». Quien esté familiarizado con las facciones del Carlos III adulto se sentirá sorprendido viéndole calificado de «Adonis», aunque con este personaje de la mitología, el infante comparte desde niño la pasión por la caza. Sin embargo, el retrato que le hace el pintor Miguel Jacinto Meléndez cuando Don Carlos tiene once años hace justicia a ese calificativo y al de «bello infante» que se le da por entonces y que, por otro lado, es confirmado por el retrato algo anterior que le hiciera Jean Ranc.

El encuentro del infante Don Carlos de Borbón y Farnesio con Benito Jerónimo Feijoo tiene no poco de emblema histórico, si se piensa en el singular papel que desempeñará el príncipe en la cultura de la época y en el papel también señero que hace este erudito gallego afincado en Oviedo que servirá de gozne entre los reinados de Carlos II de Austria el Hechizado y de Felipe V de Borbón el Animoso, pues Feijoo nace

en 1676 y muere en 1764, reinando ya Carlos III en España. Espejo de la renovación cultural que tiene lugar con el advenimiento de la dinastía borbónica, y de la proyección que consigue esa renovación en España y América, Feijoo se adelanta, con la enciclopedia que forman su *Teatro crítico universal* y sus *Cartas eruditas*, a la tan celebrada francesa. Los catorce volúmenes de esas dos obras, publicadas entre 1726 y 1760 y traducidas al francés, inglés, italiano y alemán, tratan de los temas más variados, desde matemáticas, medicina y agricultura hasta historia, filosofía, literatura y arte de la memoria, y presentan con un estilo ensayístico, incluso periodístico, comentarios sobre numerosas novedades científicas y técnicas con el objeto no sólo de renovar los planes de estudios y sacar a la enseñanza que se imparte en las aulas universitarias de la esclerosis, sino también a fin de ilustrar al lector común, empezando por los reyes, a los que da este sensato consejo: «Las verdaderas Artes de mandar, son elegir Ministros sabios y rectos; premiar méritos y castigar delitos; velar sobre los intereses públicos y ser fiel en las promesas. De este modo se asegura el respeto, el amor y la obediencia de los súbditos mucho más eficazmente que con todo el completo de esotras sutilezas políticas». Decidido partidario del método experimental, Feijoo sigue la ecléctica estela de Erasmo, Vives, Bacon y Newton, combate las tradiciones supersticiosas, se adelanta a psicoterapias modernas en el tratamiento de enfermedades nerviosas, hace propuestas para reformar la medicina y la agricultura, anticipa en su ensayo *El no sé qué* (1733) el romanticismo y prefiere el teatro español clásico al neoclásico que empieza a invadir los escenarios por considerarlo más vivaz, libre y variado. Irreconciliable enemigo del «vulgo», no por eso peca Feijoo de elitista, ya que aspira a difundir las luces por doquier. Los más de trescientos mil volúmenes que llevan su obra hasta los más recónditos confines del mundo hispanoamericano hacen de ella un acontecimiento editorial.

La designación de «Carlos el Sabio» que da Feijoo al joven infante y el afán que éste pone en merecerla permiten intuir la profunda impresión que hace en su espíritu la llegada a la Corte de la colección de estatuaria clásica que la reina Cristina de Suecia había reunido en Roma a lo largo de los años sesenta y setenta del siglo anterior. Felipe V e Isabel de Farnesio la han comprado en 1724, y al año siguiente

las ciento setenta y dos cajas que la contienen son transportadas hasta La Granja de San Ildefonso (Segovia), donde se está construyendo un nuevo palacio real. De esas esculturas casi setenta son de época romana. En su mayoría, son réplicas de obras famosas del arte griego. El infante, que tiene nueve años cuando llegan a La Granja, puede conocer a través de ellas algunas de las figuras más importantes de la mitología según las concibieron y plasmaron los más destacados artistas de la antigüedad. Así, del siglo quinto a. C., figuran la *Atenea* de Mirón, el *Diadúmeno* de Policeto y la cabeza de *Atenea*, y del cuarto, la *Leda* de Timoteo, el *Sátiro en reposo* de Praxiteles y el *Apolo* de Eufránor.

Otras estatuas de la colección pertenecen a la época helenística, como las famosas *Ocho musas sentadas* de la Villa Adriana de Tívoli, la *Venus del tipo Capitolino*, el *Fauno del cabrito*, la *Musa apoyada*, la *Afrodita agachada*, el *Baco* de mármol, la *Ariadna*, interpretada entonces como Cleopatra, y la cabeza de *Aquiles*, conocida entonces como la de Alejandro. De creación romana destacan un altar con relieves báquicos, la *Atenea Prómaco*, estatuas de Augusto, bustos de Adriano, Sabina y Antínoo y el tan celebrado *Grupo de San Ildefonso*, de comienzos del siglo primero, que muestra a dos jóvenes, identificados como Cástor y Pólux, y también como Hipnos y Tánatos, pero que probablemente representan a la pareja de Pílates y Orestes. De la fascinación ejercida por este grupo —una de las mejores obras que nos ha dejado la antigüedad— es una buena prueba la cantidad de copias que se van a hacer, a partir de entonces, con destino a jardines y palacios.

Como si la colección de la reina Cristina de Suecia no bastase para saciar su pasión por el arte clásico, Felipe V y la reina compran a la duquesa de Alba en 1728 la colección de estatuaria clásica que había heredado de su padre, el marqués del Carpio, quien la había formado mientras residía en Roma y Nápoles en los mismos años en que la reina de Suecia formaba la suya. De especial interés son el puteal del *Nacimiento de Atenea*, la estatua de *Ganimedes con el águila* y, sobre todo, algunas estatuas egipcias que el emperador Adriano tenía en su Villa de Tívoli y que, junto con las de tipo clásico, van a parar a la Real Galería de San Ildefonso de La Granja. Estas colecciones y el interés que Felipe V e Isabel de Farnesio sienten por ellas contribuyen, sin duda, a alimentar la pasión que, con el tiempo, desarrollará el infante-duque

por el arte antiguo cuando se vea en el trono de Nápoles y patrocine las excavaciones de Pompeya y Herculano. A ese estímulo hay que añadir otros, como la habilidad que demuestra desde niño en el arte del dibujo y en el del buril, la larga tradición arqueológico-anticuaria de España o una observación familiar: Felipe V tenía como libro de cabecera *Las aventuras de Telémaco*, de Fénelon, obra en la que se relata una historia muy clásica: las aventuras del hijo de Ulises.

A mayor abundamiento, las pinturas que hay en los palacios reales de Madrid tienen la virtud de mostrar al joven infante los escenarios de aquel mundo antiguo en los que se debían situar las colecciones adquiridas por sus padres. Pues éstas vienen a sumarse a las que Felipe IV compró en Italia con el asesoramiento de Velázquez. De esas adquisiciones las que más podían enseñar al niño y adolescente Don Carlos el mundo antiguo eran los treinta y cuatro cuadros de grandes dimensiones que forman uno de los ciclos pictóricos más importantes que se realizaron para la decoración del palacio del Buen Retiro de Madrid. Realizados en Roma y Nápoles en la cuarta década del siglo diecisiete, fueron pintados por algunos de los principales artistas del siglo: Ribera, Poussin, Lanfranco y Domenichino.

Este grandioso ciclo se puede dividir en tres series. La primera está formada por dieciséis cuadros que hacen entrar por los ojos las diversiones públicas de la sociedad romana, con sus atletas, gladiadores, cuadrigas, luchas de animales, simulaciones de batallas navales y combates de mujeres, como el pintado por Ribera. La segunda serie ofrece escenas mitológicas e históricas, en las que se ve a Baco, las fiestas lupercales, Príapo y otras muchas figuras. La tercera serie pasa revista a las gestas de los emperadores y los momentos más importantes de sus vidas, como eran, sobre todo, los triunfos militares —así en la *Entrada triunfal de Constantino en Roma*—, además de las ceremonias funerarias y apoteosis con que se les honraba a su muerte (*Láminas II y III*). Al contemplar esas pinturas, el adolescente Don Carlos debió de intuir que, a través de ellas, su tatarabuelo Felipe IV pretendía establecer un paralelo entre los tiempos de la antigüedad clásica y los de su reinado. Cuando, años después, en 1745, siendo ya rey del sur de Italia, Don Carlos encargue al pintor Panini los cuadros en los que se le ve entrar triunfalmente a caballo el 3 de noviembre del año anterior

en la Roma papal, rodeado por la muchedumbre, y acercarse, a pie, a la estancia donde le aguarda el papa Benedicto XIV rodeado de su corte, el joven monarca debió de evocar el estupendo cuadro, encargado por Felipe IV para el palacio del Buen Retiro, en el que se representa la entrada triunfal de Constantino en Roma (*Láminas. IV, V, VI y VII*). Lo que Felipe IV de Austria no pudo hacer, él, Carlos III de Borbón y Farnesio, lo estaba haciendo, tras su victoria militar en Velletri contra los austríacos. En el cuadro de Gargiulo y Codazzi se ve el fastuoso cortejo del emperador Constantino dirigiéndose por la calles de Roma al Coliseo y al Arco que lleva su nombre, en tanto que en el cuadro de Panini Don Carlos, ya rey de las Dos Sicilias, se dirige a la basílica de San Pedro por la redonda columnata de Bernini, tras haber visitado al Sumo Pontífice en el palacio del Quirinal.

Pero las ruinas más sugestivas de la arquitectura clásica no se las ofrecen al joven infante los cuadros que acabamos de enumerar, ya que en esas pinturas los edificios de la antigüedad se presentan libres de los zarpazos del tiempo, sino algunos de los paisajes ideales que Felipe IV compró también en la cuarta década del siglo diecisiete para decorar el palacio del Buen Retiro. Me refiero a los paisajes de Claudio de Lorena y, más en concreto, a dos: el *Paisaje con las tentaciones de san Antonio Abad*, que muestra unas sugestivas ruinas bañadas por tres fuentes de luz —las luces del alba, las que difunden hogueras y las que proyecta en el cielo una cruz milagrosa—, y el *Paisaje con el entierro de santa Serapia*, con su vista del Coliseo y otras ruinas, que se ofrecen al contemplador según se podían ver en la Roma de 1639, pero que el artista ha situado en un entorno campestre. A esos dos cuadros hay que añadir el más concienzudo de todos los de esa serie, *Paisaje con anacoreta y ruinas clásicas* de Jean Lemaire. Al fondo se ve un anfiteatro en ruinas; a la izquierda, un edificio inspirado en el *Templum Romae*; en el centro —al lado del anciano anacoreta—, el obelisco erigido por Adriano en memoria de Antínoo, y a la derecha, un sarcófago semejante al de santa Constanza, de pórfito, que está coronado por el vaso Médicis (*Lámina VIII*).

En su pasión anticuaria, Felipe V no hace más que seguir la estela dejada en sus palacios por Felipe IV. Lo mismo se puede decir de Carlos III, que verá potenciada esa pasión al fundar el reino de las Dos

Sicilias. Esta pasión de Felipe IV, Felipe V y Carlos III es, por otro lado, reflejo de la tradición arqueológico-anticuaria española, que viene de lejos en el tiempo y en la que destacaron, junto a representantes de la erudición, no pocos de la nobleza. Nada menos que a mediados del siglo quince, en tiempos de Enrique IV de Castilla, Alonso de Palencia describe la antigua Roma que entonces se podía ver, lo que demuestra la sensibilidad anticuaria de los intelectuales castellanos en esas fechas aurorales del Renacimiento. Poco después, sin salir del mismo siglo, Antonio de Nebrija hace excursiones arqueológicas para medir la vía de la Plata y el anfiteatro de Mérida. Su poema *Emerita restituta* representa la actitud hacia el pasado clásico que mantendrán en el siglo dieciséis Ambrosio de Morales, Antonio Agustín, el duque de Villahermosa, el conde de Guimerá y, entre el siglo dieciséis y el diecisiete, Rodrigo Caro. No pocos eruditos de esos tiempos recorren el país en busca de antigüedades, trasladándolas a sus colecciones y a sus cuadernos epigráficos. Y todavía en el siglo dieciséis Alfonso Chacón inicia la arqueología paleocristiana al ser el primero que estudia las catacumbas y las basílicas cementeriales (*Figs. 1, 2, 3 y 4*).

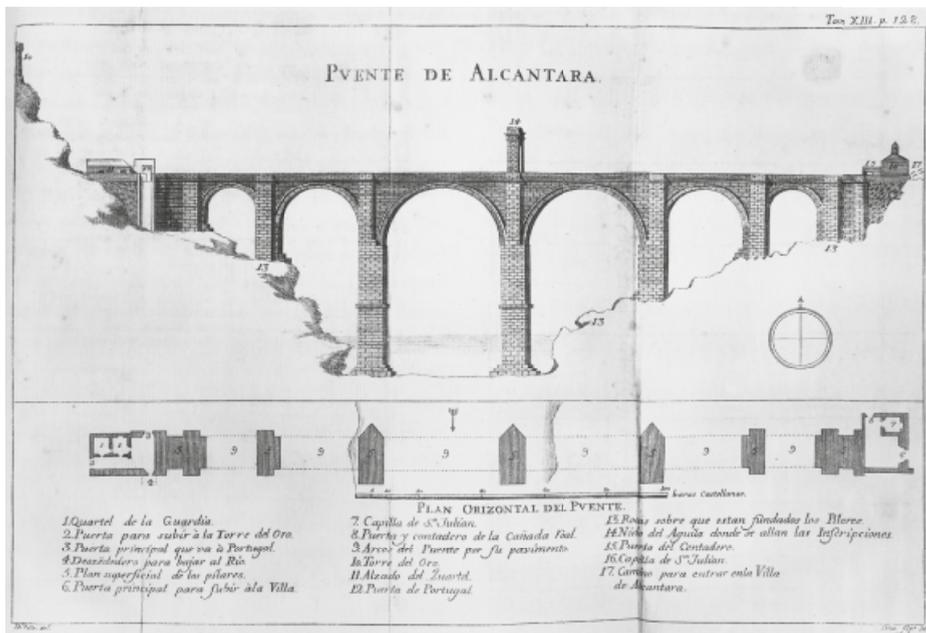
Rodrigo Caro, que es tal vez el más antiguo de los arqueólogos españoles, lleva a cabo exploraciones arqueológicas en Itálica, particularmente en el anfiteatro, que es conocido a través de dibujos y grabados desde comienzos del siglo dieciséis, y contribuye más que nadie a la exaltación de esa ciudad con la «Canción a las ruinas de Itálica», que, inspirada por la primera visita que hace en 1595, empieza con los conocidos versos «Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora campos de soledad, mustio collado, fueron un tiempo Itálica famosa», para luego sumirse en la visión de las ruinas: «Del gimnasio y las termas regaladas, leves vuelan cenizas desdichadas [...]. Este despedazado anfiteatro, impío honor de los dioses, cuya afrenta publica el amarillo jaramago, ya reducido a trágico teatro, ¡oh fábula del tiempo!, representa cuánta fue su grandeza y es su estrago».

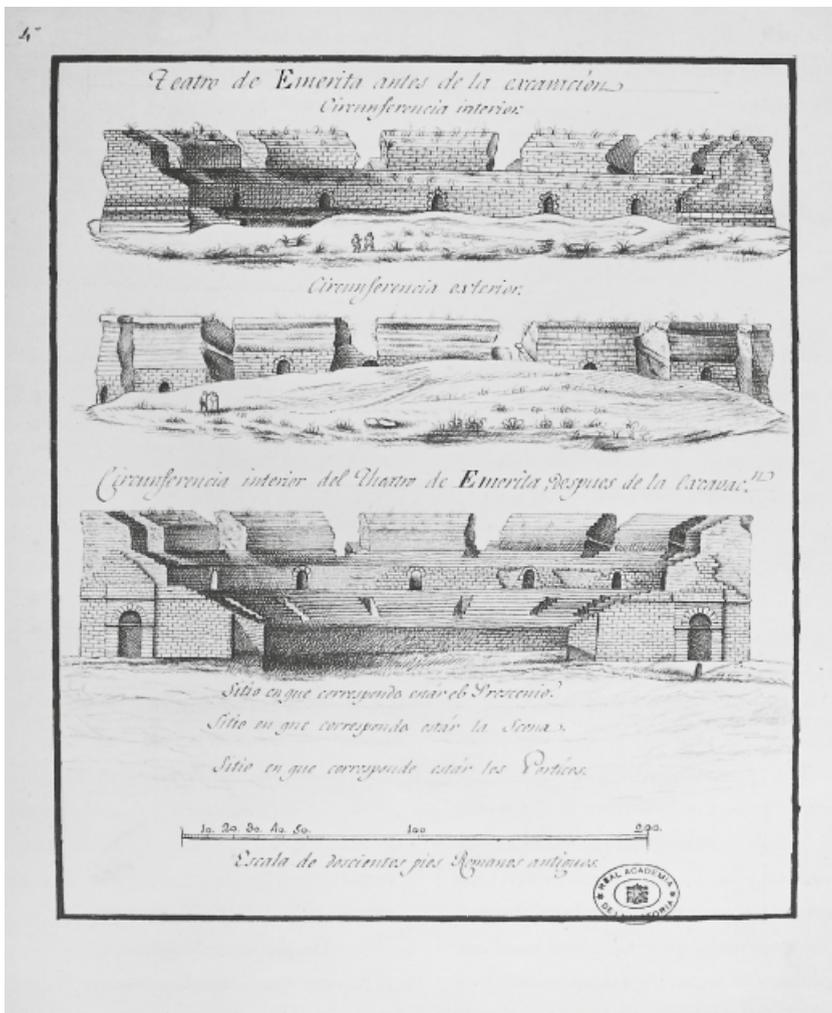
Dos obras descuellan en el siglo dieciséis en la literatura anticuaria: *Las antigüedades de las ciudades de España* (Sevilla, 1575), de Ambrosio de Morales, y los *Diálogos de las medallas, inscripciones y otras antigüedades* (1587), de Antonio Agustín. En esta última el autor revela un sentido profundamente documental de la labor arqueológica, que se adelanta



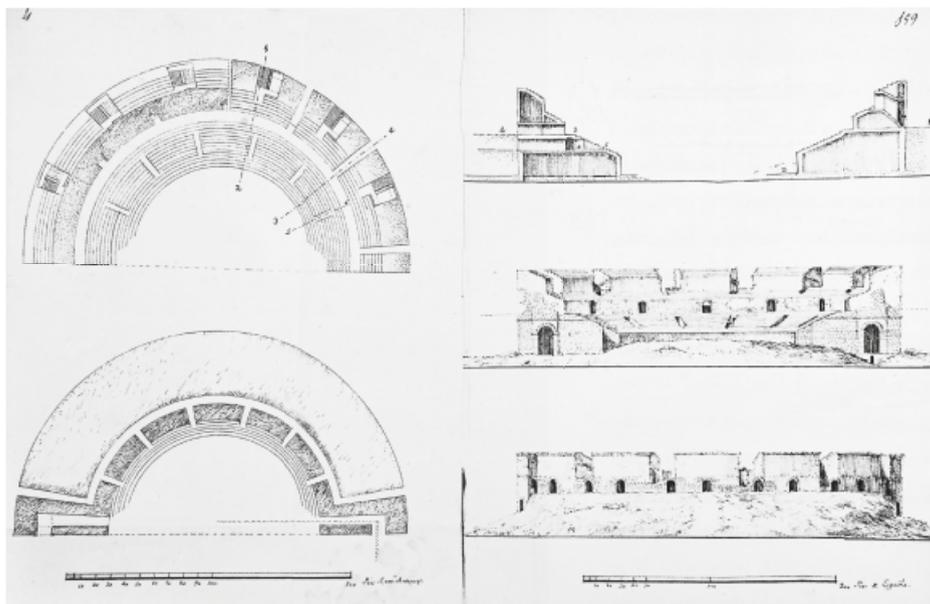
1 *Mausoleo romano de Miralpeix, Caspe (Zaragoza), por Gaspar de Gurrea y Aragón. Biblioteca Nacional de España.*

2 *El Puente romano de Alcántara (Cáceres) 1756, en E. Flórez. España Sagrada.*





3 Teatro de Emerita (Mérida, Badajoz), documentado por Esteban Rodríguez en la expedición del Marqués de Valdeflores, h. 1753.



4 *Teatro romano de Acinipo (Ronda, Málaga)*, documentado por Esteban Rodríguez en la expedición del Marqués de Valdeflores, h. 1754. Real Academia de la Historia.

5 *Antigüedades persas*, según los *Comentarios de Don Gaspar de Silva que contienen su viaje a la India y de ella a Persia. Cosas notables que vio en él y los sucesos de la embaxada al Sophe*, h. 1614-1624. Biblioteca Nacional de España.



al positivismo en su concepción de la Historia, cuando dice: «Yo doy más fe a las medallas y tablas de piedra que a todo lo que escriben los escritores». Morales y Agustín son, ciertamente, los primeros que dan un carácter científico a la epigrafía y a la numismática, lo que dota de un método riguroso a los estudios de la antigüedad. Morales es, por su parte, el primer anticuario que llama la atención sobre la importancia de los objetos de cerámica para la datación arqueológica. Ambos, al igual que otros contemporáneos suyos, como Lucena y Fernández Franco, se dedican a recoger antigüedades, estudiar piedras e inscripciones y explorar vías romanas.

Diego Hurtado de Mendoza es uno de los numerosos aristócratas que más se destacan en pleno siglo dieciséis por su afición a esa clase de estudios. Alienta excavaciones y, siendo embajador en Roma, escoge cincuenta estatuas antiguas que se pueden contar entre las mejores que se conocían entonces del mundo clásico. El editor de *La idea del teatro* de Giulio Camillo le dedica con razón esa obra fundamental del arte clásico de la memoria, un arte que viene a ser una aplicación intangible de la muy tangible arquitectura clásica. Por su parte, don Pedro de Toledo, hombre del Renacimiento nacido en el siglo quince, compra, siendo virrey de Nápoles, gran cantidad de esculturas para decorar su villa de Pozzuoli, con lo que se adelanta dos siglos a las aficiones clasicistas que Carlos III desplegará en ese mismo lugar.

La corriente anticuario-arqueológica española se extiende a partir de 1575 por todo el país. Centenares de ciudades y pueblos empiezan a recibir la visita de los comisarios encargados por Felipe II de las *Relaciones Topográficas* para tomar nota, entre otras cosas, de «los edificios señalados que en el pueblo hubiese, y los rastros de edificios antiguos, epitafios y letreros, y antiguallas de que hubiese noticia». A setecientas se eleva el número de las localidades que contestan el cuestionario, y a siete, el número de los volúmenes que recogen los datos aportados por las localidades.

La manifestación anticuaria más llamativa de la época la protagoniza García de Silva cuando va como embajador de Felipe III ante el sha de Persia. La comitiva sale del puerto de Lisboa en febrero de 1614 y en noviembre de ese mismo año llega a Goa, capital de la India portuguesa y parte entonces de la monarquía hispánica. El 6 de abril

de 1618, don García contempla las ruinas de Takht-e Jamsid y es el primero en identificarlas como Persépolis, la ciudad fundada por Darío I y saqueada por Alejandro Magno en el año 330 a. C. También acierta al afirmar que los símbolos que adornan los templos no son mera decoración, sino una forma de escritura, la cuneiforme. Estas noticias corren como la pólvora por Europa a raíz de la carta que escribe don García al marqués de Bedmar contando sus descubrimientos. El pintor que acompaña a don García dibuja las esculturas y relieves más notables, y algunas de las inscripciones, adelantándose tres siglos a los pioneros de la arqueología medio-oriental. Tras reunir una importante colección de objetos y obras de gran valor, el embajador de Felipe III inicia su regreso en 1619, pero se ve retenido en la India hasta 1624 y, cuando ya, por fin, regresa a España, la muerte lo sorprende en alta mar. De su tesoro no quedará ni rastro; pero deja la mejor descripción de Persia de la época en su obra *Totius legationis suae et indicarum rerum Persidisque comentarii*, que se traduce al francés en 1667 y cuyo manuscrito se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid (*Fig. 5*).

Tres años después de llegar la colección de la reina Cristina de Suecia a España y el mismo año en que la colección del marqués del Carpio entra a formar parte del patrimonio real, empiezan los grandes viajes que llevarán a Don Carlos a Andalucía primero y de allí a Italia. El 28 de noviembre de 1728 sale la corte de Madrid y llega a Badajoz un mes más tarde, el 2 de enero de 1729. Junto al río Caia los reyes de España y Portugal se entrevistan por primera vez desde la secesión de este país y tiene lugar el intercambio de princesas: el príncipe de Asturias Don Fernando recibe a la infanta Doña Bárbara de Braganza, primogénita del rey Don Juan V de Portugal, y la infanta María Victoria de Borbón Farnesio es entregada al príncipe heredero portugués, convirtiéndose así en princesa de Brasil. Los desposorios se celebran el 19 de enero de 1729. Al día siguiente se representa una ópera en el cuarto de los reyes, en la que está presente Domenico Scarlatti, profesor de música de la nueva princesa de Asturias (*Lámina IX*).

El 3 de febrero entra la real familia en Sevilla. Un grabado de la época nos muestra el cortejo haciendo su ingreso en la ciudad del Betis por la puerta de Triana. Los monarcas visitan también Cádiz, adonde José Patiño, ministro de Marina, ha trasladado la Casa de Con-

tratación, y para celebrar tan memorable ocasión el ilustre ministro organiza la botadura del *Hércules*, buque con capacidad para setenta cañones. Embarcándose en la nave capitana, los reyes se dirigen al Puerto de Santa María, y desde allí, por tierra, a Sanlúcar de Barrameda y Doñana, donde dan rienda suelta a su pasión cinegética. Mientras tanto, los príncipes de Asturias Don Fernando y Doña Bárbara, acompañados de los infantes Don Carlos y Don Felipe, navegan en lujosas galeras por el Guadalquivir para unirse a la corte. Cuatro días tardan en llegar desde Sevilla hasta Sanlúcar, donde avistan el mar por vez primera. En esta localidad asisten junto a sus padres, desde las ventanas del palacio, al soberbio espectáculo de la salida de la flota de Indias, una de las mayores reunidas hasta entonces. Patiño ha organizado el desfile para que el rey pueda apreciar el restaurado poderío naval de su reino. Días después, la corte se instala en Sevilla, donde Isabel de Farnesio ve cómo se aviva su pasión por el coleccionismo. Se aficiona a la pintura de Murillo, no pierde ocasión de hacerse con todos los cuadros que se le ofrecen del maestro sevillano, muchos de los cuales se hallan actualmente en el Museo del Prado, y, sobre todo, se afana con tenaz diligencia en despejar a su primogénito el camino que le lleve a tomar posesión de los ducados italianos que le corresponden como heredero de los Farnesios y los Médicis. El 9 de noviembre de 1729 se firma en Sevilla el *Tratado de paz, unión, amistad y defensa mutua* entre las coronas de España, Gran Bretaña, Francia y Holanda, en virtud del cual estas potencias se obligan a mantener al infante Don Carlos en la posesión y disfrute de los estados de Parma, Piacenza y Toscana. Mas, para conseguir plenamente sus objetivos, la reina necesita todavía establecer una política de pactos con Austria y que Francia dé un apoyo efectivo a su plan.

En marzo de 1730 la corte se pone de nuevo en movimiento. Ahora se dirige a Granada. Al llegar a la capital del antiguo reino nazarita, los reyes se alojan en el palacio de la Alhambra. Sensibles a las bellezas del edificio, ordenan que se ponga gran cuidado en conservar los pavimentos, los relieves y demás adornos. La exótica escenografía de los salones árabes de la Alhambra y, sobre todo, la de los mudéjares de los Reales Alcázares de Sevilla se convierte así en hogar de la Familia Real española y, de ese modo, de la Europa del Siglo de las Lu-

ces. Al moverse los embajadores extranjeros y los ministros españoles en la escenografía de los Reales Alcázares y en las calles alledañas de Sevilla, debían de sentirse como si estuviesen dentro de un cuento de *Las mil y una noches*, obra que había aparecido en la versión francesa de Galland en doce volúmenes entre 1704 y 1717. La sensación de hallarse en un mundo irreal, que rompe moldes, era tanto mayor por cuanto en los Reales Alcázares, junto a los salones y patios mudéjares, reminiscentes de la Alhambra, hay otros del más depurado estilo gótico, renacentista y barroco, lo que podía dar a los embajadores una idea elocuente de la complejidad de la historia de España y del poder aglutinante de su cultura.

Por todo esto, la estancia de la Familia Real en los Reales Alcázares de Sevilla y en el palacio de la Alhambra, entre 1729 y 1733, anuncia el interés que por la cultura y el arte orientales, y árabes en particular, se empieza a sentir en los medios literarios unos decenios después. Así, de forma viva, se inicia la historia del orientalismo, que en Europa sólo se acusará con trazos claros en los últimos años del siglo de la mano de personajes como Beckford y Byron, pero que, antes de estos escritores, ya se observa durante los reinados de Fernando VI y Carlos III. Este monarca traerá a España al libanés maronita Miguel Casiri para difundir la enseñanza del árabe y clasificar los manuscritos orientales conservados en la Biblioteca de El Escorial, y gracias a su política cultural, se pondrán las bases para valorar los monumentos de la España árabe, en especial la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba y la Sinagoga del Tránsito de Toledo. Las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes organizan viajes de estudio, cuyos resultados se publican en las *Antigüedades árabes de España*, obra poco después imitada en otros países de Europa (*Fig. 6 y Lámina X*). En uno de esos viajes, el de 1766, participa Juan de Villanueva, que acaba de llegar de Italia, donde ha residido seis años como pensionado en Roma, conociendo allí a Piranesi, Mengs y Winckelmann. Para este gran arquitecto neoclásico —autor del Observatorio Astronómico de Madrid y del Museo del Prado— las visitas que ha hecho a Pompeya y Herculano no son en absoluto incompatibles con las que ahora hace a la Alhambra de Granada y la Mezquita de Córdoba. De hecho, los dibujos arquitectónicos de las antigüedades árabes realizados por



LÁMINA I *Carlos III, niño*, por Jean Ranc. Museo Nacional del Prado, Madrid, (Pág. 11).



LÁMINA II *Exequias de un emperador romano* (detalle), 1634-1645, por Domenico Zampieri, Domenichino. Museo Nacional del Prado, Madrid, (Pág. 15).